



Diálogo entre el Castillo y la Nave (ca. 1915). AGLP

La Santa María: un barco en tierra

Nieves María Concepción Lorenzo

Y su vieja coraza de ficticia madera soñó con malecones venturosos. Y su ancla se clavó en la tierra y su sempiterna morada, junto a los laureles, aguarda cada lustro la Bajada de la Virgen. Y esta es su misión: la larga espera interminable hasta que, en una mañana de estío, sea izada una bandera allá, en lo alto.

* * *

Ya todos los rincones de la vieja ciudad han sido avisados. Mientras algún gallo despistado vocea sin remilgos la canción de cada mañana, por las calles de adoquines, casi centenarias, por las balconadas marineras que, adornadas con macetas de geranios y ropa tendida que ondea al viento, la diana rompe el silencio matutino que aun vivía. Yo, desde este lado de la ciudad que, según algunos, guarda



Barco de la Virgen (ca. 1915). AGLP

algo de misterio y de pasado, admiro a esas casas de la Avenida, casas sin futuro, que miran a los visitantes con tristeza singular y así, cierran sus ventanas para ensimismarse y continuar cargando con un pasado glorioso. Yo las comprendo porque yo también soy del mar y también oigo los quejidos nocturnos de algún gato vagabundo. Sí, en estas fechas nos visita mucha gente. Gente que viene a disfrutar de los festejos populares y nos pide risa y colorido y espera diversión... días inolvidables. Y aunque soy un viejo barco, me pregunto si estos viajeros que con aire de otras tierras se pasean por la Avenida, pueden ver todo lo que se esconde tras las ventanas de las tan fotografiadas casas de balcones. Y así, fruto del olvido, se ven amenazadas por el paso del tiempo y las miradas que, ajenas a todo, desgastan sus muros.

Ahora que el sol está en su punto más alto, veo, desde la proa, cómo pequeñas

figurillas de colores vivos ascienden por el barranco. Son los romeros que visten de alegría una fiesta del ayer que se enfrenta al presente y al olvido. Y yo, que me he quedado anclado hasta el fin, lejano o cercano, de mis días, quisiera cambiar mi atavío cotidiano y vestirme de romero y saltar por el barranco como un hijo de la patria. En frente de mí, inalterable y señero, el Castillo. En estos días brama blancura por todas partes y sus cañones, como divinizados por la Virgen, patrona. Así que, desde lejos, y queriendo salvar toda distancia, estrechamos como cada lustro nuestra mano fraternal. Yo y todos los que recobramos vida en estos días elevamos fervorosas plegarias a lo Alto cuando pasa la imagen venerada de la Virgen. Ella es ese lazo que nos une místicamente con el cielo. Por ello, cuando su manto resplandece desde La Encarnación, las campanas suenan en todas las iglesias y un hombre solo, lejano y nuevo en la isla, se siente por primera vez palmero.



Diálogo entre el Castillo y la Nave (1965). AGLP

El sol atiza sin compasión la cubierta. Todo brilla. Resplandece... De nuevo las campanas, hasta las de la más humilde iglesia, suenan. Ahora su eco sabe a despedida, a adiós, a calma. Todos sabemos su significado. No preguntes; sólo escúchalas y verás cómo tienen un mensaje para ti. Un mensaje sin palabras, sin arrumacos, sin voces y sin engaños. La imagen de Nuestra Señora recorre por última vez nuestras callejuelas. Todas las esquinas dicen un largo adiós, mientras la Virgen mira con dulzura todos los rincones. Y alguna vieja, beata y cristiana de afueras, se persigna tras alguna ven-

tana y sostiene un rosario vitalicio que siempre adorna sus manos finas y descoloridas. Y yo, anclado desde aquí, te veo hoy partir. Parece como si el barranco que lleva tu nombre se postrase ante ti y abriese sus pasos dándote una calurosa y singular despedida. Todos caminan hacia tu santuario, donde moras y velas por los tuyos, por tus campesinos que se colman hoy de alegría. Voladores, risa, ventorrillos, ropa nueva, música, encuentros... Y allá, barranco arriba, entre los riscos más altos y escarpados, una morada guanche simboliza y nos recuerda nuestro origen. Una raza altiva y fuerte se personifica

y se enfrenta a los conquistadores. Una cruz colocada en una larga vara se divisa desde lejos. Por un lado, clarines castellanos, por otro, silbados y sonar de bucios que retumban en los profundos barrancos. Toda la belleza fantástica de este paraje se personifica; ante tan enigmática estampa, el Genio de los Riscos apacigua toda fiereza y todo prosigue su marcha.

Y yo, que quise ir navegando hacia rumbos lejanos, hoy permanezco anclado junto a los álamos y frente al mar. Recibo la frescura que baja de la Cumbre y siento la brisa marinera que forcejea por expandirse por la isla. Sí, allá va, sobre las aguas del sonoro y azul Atlántico, uno de mis hermanos, un barco que parte, con ilusiones y pesares, hacia Venezuela. Es la hora del regreso, de dejar el terruño para volver a lo cotidiano. Quisiera decirle adiós a ese pasajero que, con lágrimas en los ojos, verá por última vez estas tierras. Manos que se agitan, miradas nostálgicas, promesas del retorno, temblor de labios.

* * *

Y su vieja coraza de ficticia madera soñó con malecones escondidos de mares calientes, con tempestades turbulentas y naufragios venturosos. Pero fue condenado por el hombre a ser un barco «en tierra». Quiso ser amigo de viejos bucaneros y corsarios, pero se estancó en una tierra firme; y no pudo más que escuchar, cuando cae la tarde palmera, las conversaciones de algunos viejos que se sentaban, sin temerle ya al tiempo, bajo los laureles de La Alameda.



Diálogo entre el Castillo y la Nave (1980). AGLP

La Dra. Nieves María Concepción Lorenzo (Santa Cruz de La Palma, 1961) es profesora de Literatura Hispanoamericana del Departamento de Filología Española de la Universidad de La Laguna. El presente texto fue escrito por la autora en 1980 cuando era alumna del Curso de Orientación Universitaria del Instituto de Enseñanza Secundaria Luis Cobiella de Santa Cruz de La Palma para un concurso literario del centro en el que resultó galardonado.